

IDENTIDAD, AUTENTICIDAD Y AUTONOMÍA CULTURALES

Planteamiento del problema: ¿Quién debe respeto a quién?

Once personas murieron hoy en la mañana en un ataque suicida en el centro de Jerusalén. Un día antes de este atentado, durante una incursión en el barrio Al Zeitum, de Gaza, soldados israelíes mataron a cuatro militantes del movimiento radical Jihad Islámica, que prometió vengarlos [...] 'Este ataque es una respuesta legítima de nuestro pueblo a las matanzas israelíes [...], declaró Said Siam, uno de los dirigentes del grupo integrista Hamas'. (*La Jornada*, 30 de enero de 2004).

Constantemente leemos en el periódico noticias como ésta, y lo más fácil es condenar el ataque y repudiar la violencia. Pero ¿hasta dónde podemos estar seguros de que nuestros juicios y condenas son correctos? ¿Hasta dónde nos es lícito descalificar las luchas?

Con frecuencia, esas luchas se libran para defender la identidad, la autenticidad o la autonomía, en caso de amenaza, agresión o violación de éstas.

IDENTIDAD Y AUTENTICIDAD

Recuerda que hemos descartado la acepción metafísica de identidad, para adherirnos a la sociológica. En este tenor, la identidad cultural no se reduce a una mera sensación individual, sino que a la vez propicia el sentido comunitario, de pertenencia, que en situaciones límite se traduce en lucha por los derechos del grupo.

El concepto de autenticidad se entiende también en varios contextos de sentido o juegos de lenguaje. Una acepción de "ser auténtico" es no desviarse del original. Por ejemplo, decimos que una pintura es auténtica cuando su autoría está libre de toda duda. En el contexto de la filosofía y las ciencias sociales, se puede interpretar como la capacidad de una cultura de mantenerse "fiel" a su estado original.

Pero, al igual que con el concepto metafísico de identidad, esta forma de entender la autenticidad resulta criticable desde una perspectiva histórica, pues, en primer lugar, no hay tal "estado original", y en segundo, a pesar de tradiciones, costumbres y esfuerzos conservadores, es imposible sustraerse al cambio.

Por consiguiente, es posible dar otro sentido al concepto de autenticidad, y entenderlo como la resistencia frente a la penetración violenta de productos culturales que sirven a los intereses de otros pueblos y que no promueven valores que ayuden al enriquecimiento material y espiritual de la cultura que así se defiende.

7 Con mayor o menor celeridad, las costumbres cambian. (Van Gogh. *El puente Langlais con mujer lavando*).





8 El jefe de la tribu indígena que no se gobierna a sí mismo. (Montaña y Alrededores).

AUTONOMÍA

Su significado proviene del griego *auto* (por sí mismo), y *nomos* (gobierno), esto es, capaz de gobernarse a sí mismo, sin la intervención de una instancia ajena. Recordarás que las éticas autónomas sostienen que la conducta buena debe provenir de la libertad del sujeto moral, de su interior y no como respuesta a coacción externa.

En el contexto social, la autonomía se relaciona con la forma de asociación y gobierno que cada grupo escoja y en la cual no puede interferir ni intervenir otro. La autonomía de los pueblos, en el plano internacional, constituye un derecho.

GLOBALIZACIÓN Y MULTICULTURALIDAD

La globalización contemporánea tiene un doble sentido: por un lado es un modo de producción en el que intervienen varios países; por el otro, es el intercambio de productos culturales.

En su aspecto positivo, la globalización puede propiciar el acercamiento entre los pueblos, gracias al desarrollo de las vías y los medios de comunicación. También fortalece el intercambio económico y cultural, pues es el proceso productivo donde intervienen varios países.

En su aspecto negativo, favorece la explotación de unos países por otros, y la penetración cultural con fines homogeneizadores, hegemónicos y económicos.

En consecuencia, este proceso no ha marchado sobre ruedas, sino que desde sus inicios ha llevado implícito un conflicto: la necesidad de entrar al mercado mundial, sin ser subsumido por las economías más fuertes. La necesidad cultural de entrar en el panorama internacional y al mismo tiempo conservar las características propias. Es precisamente frente a esta doble problemática, donde encontramos resistencias con miras a mantener la autonomía y la autenticidad.

De ahí las reacciones de ciertos grupos que ponen un frente de defensa para conservar su autonomía, defensa que puede buscarse en el marco del derecho internacional, en foros de discusión o, en casos extremos, en acciones violentas como la descrita en la nota periodística, para evitar el quedar atrapados en el neocolonialismo implícito en la globalización.



9 El adelanto en vías y medios de comunicación a causa del encuentro entre culturas. (México. El puerto de la cañonera).

Crítica de las tesis del multiculturalismo

La tesis primordial de los multiculturalistas es muy simple, a saber, que todos los seres humanos requieren de un marco cultural para afirmar su identidad y desarrollar sus planes de vida. Esta tesis incluye una noción de cultura que pretende, aparentemente, tener un sentido más descriptivo o antropológico que normativo y evaluativo. Como se sabe, por "cultura" se entienden dos cosas distintas:

- Algo que se opone a incultura y que por ende remite a determinadas capacidades reconocidas como deseables.
- Algo que se opone a otras "culturas", es decir, un conjunto de normas, representaciones, usos y costumbres, hábitos, lenguaje, religión, que presuntamente caracteriza e identifica y separa a un grupo social de otros.

En el primer sentido, es posible hablar de una persona culta en oposición a una persona inculta, de tener o no una cultura musical, filosófica, o no tenerla; es posible oponer la cultura a los prejuicios, a las supersticiones y a las barbaridades. En el segundo, en cambio, se habla de la cultura francesa, mexicana, norteamericana, y con más frecuencia, de culturas propias de los pueblos originarios, de las minorías, de los homosexuales o incluso de las mujeres. En este sentido, los multiculturalistas promueven y defienden políticamente el reconocimiento de la diversidad de las culturas, de modo que todo lo que los seres humanos piensan o hacen es parte de una cultura.

Sin embargo, la realidad es que cuando los multiculturalistas hablan de culturas, de hecho transmiten el sentido valorativo de la primera acepción (culto *versus* inculto, civilizado *versus* bárbaro), al uso, vago y difuso del término en

la segunda acepción. No sólo lo transmiten, sino además lo oscurecen al plantear que, si todo ser humano requiere de un marco cultural, entonces debe valorarse o tenerse como un bien primordial toda cultura. De ahí deriva la tesis de que todas las culturas son o deben ser equiparables, por cuanto todas expresan y configuran el espíritu o genio propios de un grupo humano, o más propiamente, de un pueblo.

En definitiva, lo que los multiculturalistas llaman cultura no es otra cosa que lo que los conservadores y románticos alemanes del siglo XIX llamaban "espíritu" (*geist*), para hablar de esa realidad transindividual, colectiva, a la que debieran supeditarse o se supeditan de hecho los individuos.

Pero más allá de esta noción, los multiculturalistas se mueven en el terreno de un sentido común que se permite hacer generalizaciones estereotipadas sobre lo que son los mexicanos, o los gallegos, o los gringos, o también los indios o los negros.

Estas generalizaciones parten de la idea según la cual el lugar de nacimiento o el origen étnico marca tan profundamente la identidad y la vida de las personas que hace posible reconocerlas como miembros de una cultura. Sobra decir que los nacionalismos y los racismos encuentran su mayor justificación en este tipo de generalizaciones, de estereotipos y de prejuicios, que no resisten el menor análisis lógico o empírico.

Pero los multiculturalistas se oponen precisamente al racismo o al nacionalismo de los poderosos; sin embargo, lo hacen sustentándose en las mismas premisas, esto es, en los mismos prejuicios y estereotipos, sólo que reivindicando la identidad étnica, cultural o nacional de los oprimidos: se trata, pues, de un **racismo benevolente**, de un **nacionalismo "liberador"**, que pretende defender los derechos "colectivos" de las minorías oprimidas, y que pretende que es necesaria una política **identitaria**, una política orientada a reconocer la cultura de los grupos que no se identifican en la "cultura mayoritaria."

Por eso, los multiculturalistas califican a los ideales socialistas de justicia social e igualitaria como insuficientes, o tramposos y hasta opresivos, porque, según ellos, no hacen caso de las diferencias culturales y, entonces, no se hacen cargo de las identidades colectivas y de sus raíces tradicionales.

Por lo tanto, los multiculturalistas exigen ir más allá de los derechos individuales subjetivos y proponen la necesidad de derechos colectivos, de derechos de los pueblos o de las comunidades, de derechos cuyo titular no sea ya el individuo abstracto sino el grupo concreto.

Empero, hay que decir que esta idea de derechos colectivos es absolutamente incompatible, lógica y políticamente, con la de los derechos humanos fundamentales propia de las declaraciones modernas de estos derechos.

Todo el sentido de la propuesta multiculturalista se juega en este punto: en el reconocimiento o no de la primacía argumentativa de los derechos humanos fundamentales —civiles, políticos y sociales— como derechos de las personas individuales, **frente** a cualquier intento de supeditarlos a pretendidos derechos

colectivos. Éstos, en los hechos, tienden a subordinar la voluntad de las personas individuales a poderes y autoridades que presentan sus intereses particulares como los de toda la comunidad, convenciendo a los individuos de que es bueno morir para beneficio del orgullo de un hombre o de una mujer, de un rey, de un cacique, de un obispo o de un subcomandante.

Pero, ¿qué hay entonces del derecho de autodeterminación de los pueblos? ¿No es cierto acaso que los procesos de descolonización, que las luchas por la liberación nacional se justificaron con ese derecho colectivo? ¿Y no fueron esas luchas un enorme avance frente al colonialismo y el imperialismo? Estos últimos fueron, sin lugar a dudas, fenómenos monstruosos, pero contra lo que parecen suponer demasiados multiculturalistas, nada tuvieron que ver con los derechos humanos, sino, en todo caso, con su más flagrante violación.

También es cierto que el pretendido derecho de autodeterminación jugó un papel progresivo cuando permitió la afirmación de aquellos derechos, aunque esto no ocurrió con mucha frecuencia.

A la distancia, no es posible negar la evidencia de que la mayor parte de los procesos de liberación nacional más bien condujo a feroces autoritarismos, a guerras tribales interminables y a una todavía más bárbara violación de los derechos elementales de “los pueblos supuestamente” liberados. Fenómenos todos que fueron justificados precisamente en nombre de la soberanía y del derecho de autodeterminación de los pueblos.

Después de todo, “los pueblos”, “las naciones” y “las comunidades” son invenciones políticas, y no datos naturales. Invenciones políticas seguramente necesarias para dar vida a los estados nacionales, esas máquinas de guerra y de administración burocrática indispensables para unificar, pacificar y ordenar la convivencia territorial de los individuos, a pesar y en contra de los poderes locales, económicos, caciquiles y religiosos.

Parece lógico que frente al universalismo depredador del mercado global, frente a una racionalidad económica ciega ante la miseria y el hambre de tantos seres humanos, se despierten las pasiones localistas, particularistas, fundamentalistas de la religión, de la patria, de la identidad colectiva. Sobre todo cuando el gran proyecto alternativo al liberalismo económico, esto es el socialismo ilustrado, parece haber perdido toda capacidad de movilizar, de organizar y de enfrentar exitosamente la barbarie de una economía capitalista sin frenos, cuando la única alternativa real parece ser la indiferencia y el sin sentido.

No olvidemos, sin embargo, cuáles han sido las consecuencias de los fundamentalismos, sean nacionalistas, religiosos, culturales o étnicos. No habría que olvidar que detrás de estos falsos sujetos colectivos encontraremos siempre poderes fácticos, en manos de redentores irresponsables, de dictadores sanguinarios, de canallas capaces de manipular el sufrimiento y el malestar de millones.

Por eso, para entender y discutir los límites reales o supuestos del liberalismo y para examinar los argumentos del llamado multiculturalismo, propongo para el futuro un tema que vaya más allá de la manida oposición entre liberalismo y multiculturalismo, y que, en cambio, se estudien las posibilidades de un socialismo

que evite las trampas de la fe comunitarias, lo mismo que las cegueras sociales del liberalismo de ayer y de hoy; esto sin renunciar, ni por un instante, a la defensa intransigente de los derechos humanos fundamentales: civiles, políticos y democráticos.